

En camino.

Carolina iba a dejar de fumar. Lo había pensado cuidadosamente, durante los últimos tres meses, y había iniciado esa abstinencia sin éxito ya en dos ocasiones. Pero ahora creía, sin poder explicarlo, que lo lograría. Había sido detallista, se había observado atentamente y ya sabía en qué ocasiones y ante cuáles situaciones se rendía al placentero vicio. Sí, lo consideraba placentero, y eso le llevaba a preguntarse: ¿Por qué quería dejar el cigarrillo? Sabía de varias amigas que lo habían intentado y no lo habían conseguido, entre otras razones porque habían sustituido el vicio por caramelos o comida y habían subido de peso ostensiblemente; hoy se hallaban siguiendo dietas estrictas que les ponían de mal humor y para superar tal tensión, fumaban. Quizás se trataba de algún recuerdo - tal vez un resabio- de un aleccionador consejo de su padre, quien le dijera: “Hija, sé libre. Que nada te ate, que nada te obligue, que tu voluntad te guíe”. No podía constatarlo, pues su padre había muerto hace más de siete años, pero le parecía que él se lo había dicho; hasta podía imaginar el momento: una tarde, sentados en el suelo, a la entrada de su casa, mirando hacia algún lugar en la calle o entre las casas de enfrente...

No quería engordar. Su figura aún era esbelta, y podía vestir ropa de la talla 44 sin problemas. Es más, correctamente maquillada, se veía bella, apetecible para más de alguno que la miraba de reojo o directamente –descarados, pensaba- cuando caminaba hacia algún lugar por las calles del centro. No era bella, pero se veía bastante atractiva. De todas maneras, pese a esas impertinencias, le agradaba verse bien, esbelta.

Volviendo a su deseo de no fumar, se concentró en la forma en que llevaría a cabo su proyecto. Consideró diversas estrategias: ¿Avisarle a sus más cercanos para obtener su apoyo? ¿Adquirir un nuevo hobby que le ocupara bastante tiempo? ¿Adoptar una mascota y cuidar de ella prolijamente, hasta los detalles más pequeños? ¿Ingresar a un club, en una actividad absorbente, y tomar allí responsabilidades? ¿Tomar un curso que requiriera de bastante estudio para su aprobación? ¿Escribir un blog, fielmente, todos los días (y leer los comentarios)? ¿Participar de una de esas invitaciones a probar un nuevo medicamento que le permitiera dejar su vicio?

Ante algunas posibilidades se sonrió. Sabía que, pese a lo que quisiera, su voluntad no era muy fuerte, al menos no en cuanto a tomar compromisos exigentes por largo tiempo. No lo había hecho en las diversas ocasiones en que pudo desarrollar su voluntad, cuando niña, adolescente y ya mujer, perdiendo así la oportunidad de templarse, fortalecerse.

Leyó en una revista de bolsillo: “Dejé de fumar con tan sólo decidir que fumaría cuando los cigarrillos llegaran hasta mis labios. Nunca más los tomé yo.” ¿Sería posible? Imaginó varios trucos para fumar, aun cuando tuviera hecha esa promesa, entre ellos dejarlos sobre la mesa y cogerlos con los labios. Después descartó esa posibilidad, pues se movía ella y no los cigarrillos. Quizás mover el mantel para que alguno se deslizara hasta su boca...podría ser.

Al día siguiente, un martes, en una soleada mañana, mientras bebía café, deslizó su mirada por la habitación. Estaba en el living o recibidor, sentada en un sillón, y sostenía la taza con su mano para luego volver a dejarla sobre una mesita baja con algunos adornos y revistas, de las que le gustaba leer. Leer era una gran

afición para su vida algo aburrida, en la que al volver de su trabajo de secretaria en una empresa financiera, sólo tenía que ordenar algunas cosas que había dejado fuera de lugar y comer algo. Observó las plantas, la mesa de arrimo, el sofá y el otro sillón y le parecieron fuera de lugar los cojines cubiertos con fundas tejidas a crochet... algo así como antiguos, fuera de época. Pensó en renovarlos, pero no tejería, pues no le quedaban bien sus tejidos y no compraría fundas del mismo tipo. Pensó en algo así como telas con arabescos, adamascadas. También imaginó gobelinos -qué divertido- y sonrió.

Hacía días que no sonreía y le extrañó hacerlo. Se preguntó por qué normalmente no lo hacía. No podía decir que era infeliz, más bien su vida era anodina, pero no tan triste. “Tan triste” ¿No era un exceso...? Tenía una vida tranquila y podría sonreír más si supiera bien qué quería o qué le gustaba para así hacerlo. Pero, no se prestaba tanta atención, era algo indiferente con todo lo que le rodeaba.

Lo que pasaba era que se aburría. La rutina que la protegía, asegurándole que siempre sabía qué tenía que hacer, también la aburría, y dejar de fumar iba a ser una forma de romper esa rutina, esa forma predecible de vida; en síntesis, una aventura. La idea de “una aventura” la entusiasmaba. Era lógico, pues en general su vida había sido monótona, aburrida. Pero no había pensado en una aventura riesgosa o de carácter sentimental, no lo había considerado. Pensaba en el desafío, en la apuesta que hacía a su favor.

Observó el paquete de cigarrillos, inocente, más allá, sobre la mesa del comedor. Era inocente, pero tentador. O sea, pensó, esa cajetilla nada hace para conquistarme, pero su inmovilidad, su pasividad, la hacían deseable, atractiva,

interesante. Se sorprendió pensando que sacar un cigarrillo de ella era como violarla, en un sentido sexual... y en ello habría el placer de lo prohibido.

En fin, era martes y tenía que ir a trabajar. Los martes había más trabajo que de costumbre, lo sabía.

Contempló con una mirada nostálgica el paquete de cigarrillos que había decidido dejar en casa. De esta manera, se aseguraba de no romper su promesa durante los pequeños espacios de tiempo en que interrumpía su trabajo para ir a fumar al patio, placer que la relajaba. No era la única: varios compañeros de la oficina concurrían metódicamente a disfrutar ese vicio, tan aceptado socialmente.

Interrumpió su divagar y salió valientemente, con vehemencia, como si abandonara el campo enemigo y hubiera algún francotirador que la acechara... ¿Era eso valentía o no? Hizo a un lado esa última idea y se alejó.

Después del consabido viaje hacia su trabajo, en que intentó distraerse mirando con poca detención y menos profundidad a cada quien, donde paraba su vista y en los momentos en que hacía pie en el mundo exterior y cotidiano, trabajó intensamente. Fue un día de actividad febril, de agitación controlada, de acciones y pensamientos que se sucedían vertiginosamente sin traducirse ni expresarse en emoción alguna. Y entre una y otra tarea, pensaba intensamente... tenía que dejar de fumar. Era una orden que ella –o su *álter ego*- se había dado. No podía fallar; sin embargo, sentía que se desesperaba, que las fuerzas internas no serían lo suficientemente poderosas para vencer el hábito, la costumbre, el vicio... sí, sufría por ello.

Pero, resistió valientemente ese día. Hubo tantas ocasiones de incumplir su promesa: invitaciones, ver a otros fumando allá afuera, sentir el aliento a tabaco

de algunos que le preguntaban cosas, al extremo de que se distraía en las respuestas. Por ello, cometió errores que no eran típicos de ella. Eso la turbó. ¿Tanta fuerza tiene un vicio? Se preguntó mientras se miraba al espejo, en el baño, cuando mojaba su cara.

De vuelta a su casa, muy cansada y casi no pensando ya sino en su cama y en el reparador sueño que le esperaba y necesitaba, ya no observaba con detención ni las calles ni las personas. Viajaba inconscientemente... De pronto, se encontró dando vueltas y golpeándose contra las ventanas, los fierros y otras personas que, con distintas partes de su cuerpo, la golpeaban sin piedad... Le pareció un sufrimiento eterno. Pensó, aterrorizada, ¡estoy en un accidente! Así era, el bus había chocado contra algo, no sabía qué, y se había volcado, dando algunos golpes más contra lo que se le cruzó al arrastrarse por el pavimento... ¡Qué increíbles son la rapidez con que suceden los imprevistos y la rapidez mayor aún con que la mente analiza todo!

No sabía qué hacer, sólo ruidos, gritos y golpes llegaban hasta ella, en un gran desorden. El terror de lo que estaba viviendo no la ayudaba, no podía pensar, no podía solucionar lo que estaba ocurriendo.

Rogó pidiendo que todo terminara pronto, cualquiera que fuese el resultado... Pero, intensamente, no quería morir.

Después de la inmovilidad del vehículo de pasajeros, porque al fin, se detuvo, sintió calor en diversas partes de su cuerpo, pero frío en la cara y en las manos. Oía a otros quejarse, pedir ayuda para sí mismos o para otros y llorar. Observó como la desesperación de unos intranquilizaba y angustiaba a otros. Sentía miedo de estar allí y de lo que podría sobrevenir... ¿Habría terminado

todo? ¿No habría otro choque? El dolor fue aumentando, así como también era mayor el frío que sentía. Se desmayó oportunamente para evitar el dolor cuando escuchó claramente las sirenas de, no sabía qué, las ambulancias, los carabineros, los bomberos... Se abandonó en brazos de una sensación de alivio: la ayuda ya llegaba. No importaba quiénes fueran, sabrían qué hacer. La salvarían.

La despertó el aroma a asepsia, que le era tan conocido por sus tratamientos dentales, y que despedía la habitación en que estaba. Tenía frío, poca ropa la cubría, y le dolía casi todo el cuerpo. Miró hacia el blanco y deslavado cielo, y tuvo una sensación de abandono, de pequeñez. Quizás la afectaban el frío o el color del cielo. Estaba en un hospital, como comprendió después, cuando escuchó palabras como traumas, fracturas y contusiones múltiples.

Conoció médicos, enfermeras, auxiliares, diáconos. Todos representaban para ella diversas formas de ayuda y de consuelo. Aprendió de sus conversaciones, hizo amigas entre las demás pacientes – había ocho camas en la espaciosa habitación – y fue acostumbrándose, hasta llegar a disfrutar de los pequeños eventos cotidianos que llegó a conocer: horarios, alimentos, visitas, explicaciones, análisis de su caso ante jóvenes futuros médicos, etc.

Fue feliz cuando ya pudo levantarse sin ayuda, pues caminaba por la habitación y podía ayudar a otras pacientes en sus requerimientos: un vaso de agua, llamar a la enfermera, acompañarles en sus vacilantes pasos, etc.

Se convirtió en una ayuda para todas. Sus pasos fueron gradualmente más seguros y tuvo tiempo para conversar... ¡Qué arte ése de conversar! Había mucho que aprender: escuchar sin interrumpir, percibir las emociones, aconsejar, callar...

Estuvo seis meses en recuperación.

Con esa ayuda divina, consiguió su objetivo: dejó de fumar.

*serespi, 9 de abril de 2012.*